

**LA NOVELA *EL DOLOR DE LOS DEMÁS*,
DE MIGUEL ÁNGEL HERNÁNDEZ**
Un viaje al pasado

Concha M. Miralles
Escritora



Fotografía de la portada

Al entrar a Los Ramos, pequeña pedanía murciana que dista de la capital unos seis kilómetros, hay un cartel que da la bienvenida al que llega. En él reza: “Los Ramos, donde la sierra y la huerta se dan la mano”.

Desde la Cordillera sur, la Sierra del Miravete protege y mira desde su altura lo que acontece poco más abajo, en el pueblo y en la huerta. De la flor al fruto, florece el azahar y maduran los limones, que brillan como el sol.

El pueblo se ha construido en la falda de la montaña, a pie de huerta. La montaña tal vez inspira el desafío, la esperanza, el futuro, aunque también eso mismo

implique el temor a lo desconocido. Durante generaciones, las gentes, sencillas y trabajadoras miman abajo la cosecha que a no pocas familias les da para vivir, y ponen su anhelo en alcanzar sus propias metas y dar a sus hijos un futuro mejor.

En este lugar creció y vivió su infancia y juventud Miguel Ángel Hernández, autor de “El dolor de los demás”, una novela que ha cosechado excelentes críticas y por la que voces autorizadas, como la de Enrique Vila-Matas, le señalan como uno de los escritores europeos más destacados de su generación.

Recientemente se le ha otorgado a esta novela el premio *Libro Murciano del Año 2019*.

La novela relata uno de esos trágicos sucesos que no se querrían contar porque nunca deberían haber sucedido. Uno de esas tragedias de la España profunda, que esta vez aconteció en la huerta de Murcia. En la Nochebuena de 1995, Nicolás, el mejor amigo y vecino de Miguel Ángel Hernández, asesinó a su hermana Rosi y se quitó la vida saltando por un barranco del Cabezo de la Plata.

Miguel Ángel vivía entonces con sus padres y hermanos en la huerta de los Ramos, acababa de cumplir dieciocho años y había comenzado sus estudios en la universidad. Nadie supo nunca el motivo del crimen y del suicidio. La verdad de lo ocurrido se la llevaron los dos hermanos muertos. Llegaron periodistas al lugar para cubrir la noticia, aunque los vecinos hubieran preferido que se marcharan. “Son rapiña. No respetan el dolor. Deberían dejar a la gente tranquila. Buitres”. En aquellos tiempos todavía no se hablaba de violencia doméstica ni de violencia de género. El móvil sexual revoloteaba en las conversaciones en voz baja, se decía y se desdecía. Tanto espanto causaba pronunciarlo siquiera.

Seguramente el dolor no cesaría desde entonces para los más allegados, pero la investigación se cerró y la vida siguió... Ella siempre sigue. Podrán venir un poco más menguadas algunos años, pero las cosechas siempre se suceden, una tras otra.

Veinte años después de aquel horrible suceso, Miguel Ángel decide retomar esa historia y hacer con ella una novela. No es cualquier historia la que pretende contar. No es sólo un crimen que le tocó de cerca; es su propio pasado, pero ahora, con sus armas de escritor, puede por fin remover sus cenizas con el cuidado necesario para comprenderlo mejor.

Como si se tratara de un detective, el autor regresa al pasado para reconstruir aquella noche trágica de su adolescencia. Vuelve al pueblo, a la huerta, recorre los lugares, habla con su familia y amigos, con las gentes del lugar, recopila información, recuerdos, fotografías, noticias de la televisión y de la prensa de entonces (*La Verdad, La Opinión, Diario 16*). Acude varias veces al bar *El Yeguas*. Recorre el mismo trayecto en coche que hizo esa noche Nicolás desde la casa hasta el barranco, visita el cementerio... Se encuentra con él mismo en la entrevista en la que lo sacaron en la televisión, porque él era el mejor amigo de Nicolás, hablando con su acento murciano, inseguro y tímido, porque entonces él apenas había salido de la huerta. “Los limoneros que servían de fondo a la escena seguían siendo parte de mi



Captura de pantalla del telediario de TVE Murcia 26-12-1995. Cortesía RTVE Murcia

hogar. Muchas cosas han cambiado pero otras muchas siguen en el mismo lugar”. (p. 184). Recuerda a su propia madre y a las vecinas reunidas bajo la sombra de la higuera haciendo ganchillo todas las tardes. Recuerda cuando no había fronteras entre el exterior y el interior de las casas, y “las puertas estaban siempre abiertas y uno entraba en ellas simplemente diciendo que estaba entrando”. Recuerda la infancia en la huerta, la inocencia de su prima Loles y la Rosi de niñas saltando al elástico, y otras escenas inolvidables, como cuando la Nena ahogaba en un cubo de agua a los recién nacidos que la gata paría. En la vida cotidiana de las gentes de la huerta convivían con total naturalidad ambas escenas. Y ahora la huerta era y no era la misma. Su casa, la casa de sus padres, estaba en ruinas. Recorre los carriles de huerta de su infancia, pero en el lugar donde recuerda que estaba el árbol al que trepaba con su amigo Nicolás ahora encuentra una enorme pared de hormigón, la de un lujoso chalet con piscina.

A lo largo de la novela, el autor se mueve entre dos mundos, el pasado y el presente, en los que él mismo es protagonista. Un pasado lleno de recuerdos, que lo alcanzan una y otra vez: La gente de la huerta nunca olvida. El pasado nunca pasa del todo. Hablando con su prima Loles se da cuenta “de que estaba rodeado de historias de otro tiempo, rencillas y enfrentamientos familiares que se transmitían de generación en generación y que se perdían en el pasado”. Su investigación le despertará algunos antiguos fantasmas: la infancia marcada por la represión, la Iglesia, el pecado y la culpa, y sentimientos contradictorios a los que se tendrá que enfrentar.

Poco a poco, su viaje en el tiempo le va pasando factura, porque su viaje ha sido, sobre todo, un viaje de autodescubrimiento que le ha ido conduciendo a un saber inesperado. Es en ese ir y venir para intentar reconstruir una historia, después de muchas páginas escritas, cuando el escritor se da cuenta de que el único crimen sobre el que ha estado escribiendo era el que él mismo había cometido con su pasado.

Es muy honesto y valiente compartir ese descubrimiento con el lector, y decir lo que dice Miguel Ángel Hernández, mi paisano, cuando alcanza ese punto de conocimiento: “Escribiendo no siempre se gana, a veces también naufragamos ante el dolor de los demás».

Bibliografía:

Hernández, M.A., (2018), *El dolor de los demás*, Barcelona: Anagrama